

## Solemnidad de la Natividad del Señor - Ciclo A

Rp. Alfredo Sáenz

### LA NAVIDAD: COMIENZO DE NUESTRA SALVACION

(...) Cristo, sin duda, es "el que ya ha venido", pero al mismo tiempo es siempre "el que viene". La Navidad debe renovarse en el interior de cada uno de los hombres. Es lo que podríamos llamar el aspecto personal —y moral— del misterio. La Navidad es el nacimiento del Salvador, sin duda, pero es también el nacimiento de la salvación:

"Y por lo mismo es más conveniente que al nacimiento de Cristo lo llamemos nacimiento del mundo; en este día todo nace para la salvación. Porque en este día nace la luz para el mundo, la resurrección para los difuntos, la vida para los mortales; y por consiguiente hoy no es tanto el nacimiento del Salvador cuanto de la salvación".

La aparición de Jesús como luz del mundo da relieve específico a la antítesis de las tinieblas y de la luz, no en una perspectiva metafísica sino en el plano de la ascética: el campo de Cristo es la región de la luz y el campo del demonio es la región de las tinieblas. El hombre se encuentra entre estos dos campos y debe elegir entre ellos de modo que se haga "hijo de las tinieblas" o "hijo de la luz", o, como dice el evangelio, "hijo de este mundo" o "hijo de la luz" (cf. Lc. 16, 8). Cristo-Luz exige que los hombres crean en la luz para que se

conviertan en hijos de la luz (cf. Jo. 12, 36).

Por nacimiento, los hombres pertenecen al reino de las **tinieblas** (cf. Ef. 4, 18). Pero Dios los llama "de las tinieblas a su admirable luz" (1 P. 2, 9), los transfiere al Reino de su Hijo para que sean iluminados por Cristo (cf. Ef. 5, 14) y compartan la suerte de los santos en la luz (cf. Col. 1, 12). El hecho de haber sido antes tinieblas y ahora luz en el Señor (cf. Ef. 5, 8) determina una línea precisa de conducta: "caminar como hijos de la luz" (ib.). Por eso dice S. Pablo que es menester revestirse con las armas de la luz y rechazar las obras de las tinieblas (cf. Rom. 13, 12). Como se ve, toda la moral deriva con facilidad a partir de esta perspectiva: fruto de la luz es todo lo bueno, justo y verdadero; fruto de las tinieblas es el pecado en todas sus variedades (cf. Ef. 5, 9-14). El que quiere caminar en comunión con Dios que es la luz debe "caminar en la luz" (cf. 1 Jo. 1, 5-7).

No basta, pues, con decir que Cristo, al nacer, ha hecho brillar su luz sobre la historia. Cristo debe nacer en cada hombre para iluminarlo personalmente. En un sermón de Epifanía, S. Máximo enseña que así como dice la Escritura que Cristo está "in sinu Patris" (Jo. 1, 18), así cada hombre debe ofrecer un seno donde Cristo repose:

"Gustosamente descansa el Señor en el seno de los santos, por lo que gustosamente eligió el seno del evangelista Juan, para reclinarse en él. El seno en que Cristo descansa no se prepara con el regazo de un cuerpo, no se compagina con la ambición de los vestidos, sino que se adquiere con la operación de las virtudes celestiales. Porque el seno de Cristo en Juan evangelista era la fe, en Dios Padre la divinidad, en María madre la virginidad. El seno de Cristo está allí donde encuentra la morada de los preceptos celestiales. Por lo que dice a los pecadores e infieles: *Los zorros tienen cuevas y los pájaros*

*del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mt. 8, 20)".*

Es decir que donde están las virtudes allí está Cristo. El Señor, que ya nació **históricamente**, debe nacer **ascéticamente** en los corazones de los hombres. El cristiano que en su interior alimenta las virtudes es el seno donde Cristo nace, donde Cristo reclina su cabeza. Es, en el fondo, la Navidad que continúa.

Cada hombre debe pasar, en su vida personal, por las grandes fases de la historia de la salvación. También para él debe resonar la voz agreste del Bautista. Porque, como dice S. Máximo, la Escritura siempre sigue hablando y clamando en la persona del que antaño clamó en el desierto:

"No solamente en aquel tiempo clamó Juan, quien anunciando a los fariseos al Señor Salvador dijo: *Preparad el camino del Señor, rectificad los senderos de nuestro Dios (Mt. 3, 3)*, sino que también hoy clama en nosotros, y con el trueno de su voz golpea los desiertos de nuestros pecados, de modo que aunque se haya dormido con la santa muerte del martirio, su voz sin embargo vive todavía. Porque también a nosotros nos dice hoy: *Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas*".

La misión de Juan Bautista no ha concluido, por consiguiente, con la venida histórica del Señor. Su oficio no consistió sólo en preparar la venida de Cristo en su nacimiento personal, sino que consiste también en preparar todas las venidas del Señor a lo largo de la historia, incluida la última y solemne Parusía. Si Jesús es siempre "el que viene", si toda la historia de la Iglesia consiste en la repetida venida de Cristo al corazón de cada uno de los hombres, Juan es y será siempre el precursor de esta venida. Cada cristiano —así como la

Iglesia toda— es el desierto donde **hodie** resuena todavía la voz **viva** del Bautista exhortando a preparar, una vez más, el camino del Señor que hace su ingreso en el interior de los corazones. El misterio litúrgico de la Navidad exige, en el pensamiento de S. Máximo, una profunda transformación interior.

El cristiano debe presentarse a este misterio que se continúa, a estas "bodas prolongadas", con el debido traje nupcial:

"Y así, varios días antes, hagamos castos nuestros corazones, limpiemos la conciencia, purifiquemos el espíritu, de modo que radiantes y sin mancha recibamos el advenimiento del Señor inmaculado, de manera que para Aquel cuya natividad se cumplió por una virgen inmaculada, se procure su navidad por siervos inmaculados".

La expresión es vigorosa: "suscipiarnus aduentum". La Navidad no es sólo algo que "está-ahí", sino algo que se debe "recibir", imitando la pureza con que María recibió al Hijo de Dios en su seno. Si Cristo nace en nuestras almas, prosigue S. Máximo en su homilía, no nos es lícito seguir revestidos de avaricia ni de corrupción, ya que no pueden coexistir pacíficamente Cristo que nace y nuestro yo adamítico que se obstina en sobrevivir.

El "vestido nupcial" de quien celebra la Navidad debe ser similar al vestido refulgente que Cristo revistió el día de su Transfiguración. Porque el misterio de la Navidad debe transfigurar el interior de los cristianos. Recibir la Navidad es recibir a Cristo resplandeciente, a Cristo que, en misterio, renace vestido de gracia.

Resumamos en pocas palabras el contenido de estas páginas.

El misterio de la Navidad es presentado por S. Máximo en relación con la "fiesta del sol". Cristo que nace, es el Sol que

amanece. Toda la historia que precedió a la Navidad se ordenaba al nacimiento del Señor. El Antiguo Testamento estaba sumerso en tinieblas, iluminado tan sólo —y en ocasiones— por el fulgor de los profetas. La historia de la salvación fue la historia de un gran adviento, un paso progresivo de las tinieblas a la luz. Juan Bautista fue la "antorcha" que, con su brillo, anunció el amanecer de la salvación que es Cristo. Pero la Navidad no dice sólo un respecto a la historia de la salvación sino también al desarrollo del ciclo de la naturaleza: el "nacimiento del Salvador" coincide con el "renacimiento de la naturaleza", más aún, en cierto modo lo provoca, ya que el 25 de diciembre la luz comienza a hacerse más intensa.

El nacimiento del Señor tiene su prolegómeno necesario en el misterio de la Encarnación, cuando en el seno de la Virgen María, nueva arca de la alianza, se consumaron las bodas entre Cristo-Sol y la Iglesia-Luna. La Iglesia es la Luna de Cristo porque gracias a su conjunción con El, muriendo con Cristo, se hace fecunda y esplendorosa para siempre.

Finalmente, S. Máximo muestra cómo el misterio de Cristo alcanza y nos toca también a cada uno de nosotros de tal modo que hoy ya no se celebra sólo el nacimiento del Señor sino también el comienzo de la salvación. Cristo debe renacer en cada hombre. De este nacimiento interior del Señor en los corazones, Juan Bautista será siempre el precursor.

El misterio de la Navidad abarca, así, según el pensamiento del obispo de Turín, un cuádruple aspecto:

1. **histórico:** Cristo que nace en Belén, plenitud del Antiguo Testamento;
2. **eclesial:** Cristo que se desposa con la Iglesia en el seno de María;
3. **cósmico:** Cristo-luz que se refleja en la naturaleza que

despierta;

4. **espiritual:** Cristo que renace en cada uno de los cristianos.

*(Alfredo Saenz S.J., La Celebración de los Misterios en los Sermones de San Máximo de Turín, Ed. Mikael, 1983, Pag.49-52)*